

sujeta la tierra al Senado y pueblo romano; dejó encomendado el gobierno á dos principales romanos y hermanos, nombrados Lucio Cornelio Léntulo, y Lucio Manlio Accidino con encargo de procónsules. Y Scipion se volvió á Roma al fin del año doscientos cuatro. Hiciéronle los romanos una magnífica entrada, recibéndole con aclamaciones y públicos regocijos, como se puede ver en Tito Livio, Plutarco y Vaseo.

Año 204.

Liv. dec. 3.
l. 8.c.16.

Vas.l.1.c.12.

CAPÍTULO XXXIV.

Como Mandonio é Indibil se volvieron á rebelar contra los romanos, y fueron vencidos y muertos.

I Luego que Publio Scipion salió de España, y en el Año 203. tiempo que empezaba el año doscientos tres ántes de Cristo; dicen Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Benter, Pedro Medina, Garibay, Juan Mariana y el Obispo de Gerona, que los dos hermanos Mandonio é Indibil, como eran hombres principales y poderosos entre los *ilergetes*, tenían grande autoridad y reputacion, y eran temidos y respetados de todos los vecinos; de que resultaba tener ellos altos pensamientos y fraguar cada dia nuevas ideas en solicitud de la libertad; y no obstante las esperiencias con que habian visto tan acreditado el poder de los romanos, no podian domar ni sujetar sus espíritus al sufrimiento de dominio estrangero. Aunque Scipion habia dejado en España con nombramiento de procónsules y gobernadores á los dos hermanos nombrados en el capítulo precedente; los hermanos Mandonio é Indibil los despreciaren, y perdieron enteramente el temor que habian tenido á Scipion, una vez que ya se habia ausentado; conforme con las mismas voces lo escribe Tito Livio en sus *Décadas*. Yo me persuado que este movimiento es el mismo de que habla Diego de Valera, cuando dice que se alzaron los españoles, despues de ido Publio Scipion á Roma; y si bien que no dice cuales fueron los principales commovedores, ni hace mencion de Indibil ni de Mandonio, el curso de la historia nos induce á haberlo de entender así.

Mor. l. 6. c.

38.

Beut. l. 1. c.

20.

Med. l. 1. c.

58.

Gar. l. 6. c. 1.

Mar. l. 2. c.

24.

Ob. de Ger.

l. 5. c. Mago

Amilc. filius.

Liv. dec. 5.

l. 9. c. 11.

2 Estos hermanos y señores *ilergetes*, para cohonestar y fundamentar su ideado levantamiento, manifestaban en público que se dolian y compadecian de la servidumbre y yugo en que estaba la España; y sus grandes deseos de verla en libertad. Decian que con haber sacado de España á los cartagineses, dejando apoderados de ella á los romanos, solo habian mudado de señorío; pero no de servidumbre y trabajo. Y de aquí fueron poco á poco perdiendo el respeto á los pro-

cónsules; y decían que ya en Roma no había mas Scipiones que enviar á España, ni había en ella sino figura y sombra de capitanes y ejército, porque Scipion se había llevado los capitanes y soldados veteranos, y solo había dejado los bisofios, no impuestos en la milicia, ni acostumbrados á obedecer, ni observar la disciplina militar, ni las ordenanzas de la guerra: y que Anibal había muerto á los mejores en Italia. Y que en consideracion á todo esto, jamas había habido ocasion mas proporcionada que entónces, paraque España se reintegrase en su estimada y deseada libertad, y se pudiesen gobernar sus naturales ellos mismos con propias leyes y natural señor. Todas estas especies que fueron sembrando aquellos dos hermanos, fueron unas limas sordas que conmovieron los ánimos, y arrastraron á sí las voluntades de las gentes. Y al fin conmovidas las pasiones naturales, alteradas las sangres é hirviendo los ánimos, comenzaron muchos pueblos á acudir, entonando el dulce nombre de *viva la libertad, por todos tan estimada, y hasta de los irracionales procurada.*

3 A este grito acudieron luego los pueblos de Cataluña vecinos á la ribera del Ebro, como mas inmediatos, y muchos de ellos del señorío de Indibil y Mandonio. Tambien con mucha prontitud siguieron aquella voz los ausetanos, y fueron los primeros que acudieron, segun escriben Livio y Morales. Entre unos y otros juntaron muy en breve un ejército de treinta mil hombres de á pié y cuatro mil de á caballo; y comenzaron á demostrarse juntos en los pueblos setanos.

4 Luego que los procónsules Léntulo y Accidino entendieron estos movimientos y congregacion de pueblos, recelando que con la tardanza del remedio crecería el daño, inficionando los demas, juntaron puntualmente un ejército de romanos y españoles, y partieron á toda diligencia en busca de sus enemigos, pasando por las tierras de los ausetanos, que aunque les eran enemigos, no hicieron resistencia alguna. De las comarcas que á estos pueblos les designamos en el libro segundo, capítulo primero, se reconoce que para ir el ejército romano á tierra de los ilergetes, pasando por la comarca de los ausetanos, debió salir de la tierra de los betulones, gerundenses, indicetes, rosilioneses y portusios, pues no siendo así, no alcanzo cómo podia ser el pasar por tierra de los ausetanos.

5 Lo cierto es que los procónsules llegaron á asentar su Real delante de los enemigos á distancia de una legua los unos de los otros. Y luego intentaron tratar de paz con los hermanos Indibil y Maudonio; prometiendo perdonarles todo

lo pasado. Pero no sirvió nada esta benignidad, ántes bien inmediatamente los ilergetes hicieron salir un escuadron de caballería contra otros caballos y ganados de los romanos, que estaban pacièdo por la campaña. Los procónsules enviaron al punto para socorrerlos otro escuadron de caballería; y se trabó entre unos y otros una batalla muy refida, portándose con tanta igualdad, que quedó indecisa la victoria.

6 El dia siguiente al salir el sol, ya se plantaron los ilergetes á punto de guerra en la inmediacion del campo del enemigo con el ejército ordenado, en esta forma: Pusieron á los ausetanos que estaban con ellos en un batallon en medio, la parte derecha la ocuparon los ilergetes con Indibil, dejando la izquierda para los otros pueblos ménos principales con Mandonio: y entre los dos cuernos y el batallon de enmedio dejaron mucho espacio, para que pudiesen pasar los de á caballo cuando quisieran. Los romanos que observaron aquella formacion, la hicieron del mismo modo puntualmente con su ejército. Y al punto mandó Léntulo que Sergio Cornelio comènzase la batalla con su gente de á caballo. Y el mismo Léntulo acometió al batallon de la derecha, que era el de los ilergetes. De los cuales fué recibido con tanto valor, y le hicieron tanta resistencia, que le desbarataron toda una legion, y la hicieron retirar precipitadamente. Pero Léntulo hizo entrar inmediatamente otra legion en batalla, la cual reparó aquel daño. Y de allí pasó Léntulo á ver á su hermano Accidino, que peleaba en el cuerno izquierdo, para socorrerle; y despues continuó en pasar de una parte á otra socorriendo donde veía necesidad. Sergio, que con sus caballos se habia metido en medio del ejército contrario, desbarataba todos los escuadrones, é impedia que la caballería de Indibil y Mandonio pudiese salir á batir los romanos de á pié.

7 Esta operacion precisó á los ilergetes de á caballo á apearse para pelear á pié, ayudando á los que flaqueaban. Pero los romanos, que llegaron á comprehender flaqueza y temor en sus enemigos, los cargaron tanto y con tanta furia, que ya casi los llevaban de vencida; y todos se hubieran perdido á no haberlo impedido Indibil, que se hallaba tambien á pié con los que habian bajado de los caballos. Y puesto Indibil á su frente, se opusieron valerosamente á los romanos, haciendo una poderosa resistencia, con lo que se enardeció y se hizo mas sangrienta la batalla, trabajando todos como leones, los unos á vencer y los otros á resistir. Y allí Indibil recibió una mortal herida: pero así desangrándose, aunque le iban faltando las fuerzas, no se le disminuyó el ánimo, ni se rendia su valeroso corazon; pues sostenido sobre un tronco de

lanza, ó por mejor decir sobre su propia virtud, animaba fuertemente á los suyos. De los cuales aquellos que le eran mas fieles y verdaderos amigos defendieron tenazmente su persona, peleando valerosamente. Pero al fin fueron vencidos, y su braveza no les aprovechó mas que para morir como leales y verdaderos españoles.

8 Porfiaron siempre los que quedaron, hasta que muertos unos y otros, murió tambien con ellos el valeroso Indibil; y al punto se desbarató todo el ejército. Murieron muchos en aquella defensa, y otros muchos en el alcance que les dió la caballería romana, unos porque no pudieron subir á caballo, y otros porque intrépidamente hacian una temeraria defensa, pensando que podrian llegar á recogerse en el Real; y los romanos se entraron en él de tropel siguiéndolos. Y allí continuaron la matanza, y los saquearon todo cuanto habia. Murieron en aquella batalla tres mil españoles, y fueron cautivos ochocientos. Pero de los romanos solo murieron poco mas de doscientos.

9 Entre los españoles que huyendo de la batalla se salvaron, fué uno de ellos el ilergete príncipe Mandonio. Quien condolido de la desdichada suerte que aquel dia habian tenido, hizo juntar los principales de su ejército á quienes pidió consejo; y fueron de sentir que se enviasen embajadores al procónsul Léntulo, y á su hermano Accidino, pidiéndoles la paz con promesa de rendir las armas. Recibieron los procónsules con mucha benignidad aquella embajada; y en ella se sinceraron los embajadores, cargando toda la culpa del alzamiento sobre el difunto Indibil y su hermano Mandonio: diciendo á los procónsules que aquellos dos hermanos habian sido los conmovedores de toda la tierra, y los que la inquietaron toda, y la hicieron alzar contra los romanos. Y con esto negociaron los embajadores mejor para ellos, que no para quien los habia enviado (así lo suelen hacer otros muchos): porque los procónsules prometieron perdon á todos, con condicion de que á Mandonio y á los otros cabos de rebellion los pusiesen en su poder: que pagasen el sueldo del ejército romano, doblado en aquel año: que por espacio de seis meses proveyesen de trigo al ejército, y diesen á los soldados vestuario doble: y ademas de todo esto, que habian de entregar buenas arras ó rehenes. Y en todo convinieron los malos embajadores. Y dice Morales que dieron treinta ciudades en arras.

10 Pero yo no sé como puede ser esto, porque ellos no podian dar mas que las que estaban en su poder, y no tenían tantas en toda aquella tierra. Sino es que esto lo quieren entender, como lo que se lee en Aulo Gelio en el libro

décimo octavo capítulo séptimo de las *Noches Atticas*: que ciudad se entiende de cualquier lugar, pueblo ó multitud de hombres. A lo que parece aludir Andrés Alciato en el capítulo *Quod sedem.... de officio ordinarii*, en el número 87, cuando dice *haber ciudades mayores y menores, y otras en el territorio de la ciudad mayor*. De modo que en aquellas treinta ciudades que dieron en arras á los procónsules, se debe entender que eran comprendidas con las ciudades grandes las pequeñas, los pueblos, los lugares, ó ayuntamientos de hombres: y llevémoslo bien advertido para en adelante. Concertados que fueron los embajadores con los procónsules, aunque no hallamos escrito qué respuesta le volvieron á Mandonio, dicen Livio, Morales y Medina que á Mandonio y á los otros principales los pusieron en poder de los procónsules, quienes luego los hicieron degollar. Este fué el trágico fin que tuvieron los altos pensamientos de aquellos dos valerosos hermanos. De cuyas muertes hace mención de paso nuestro catalán canónigo de Barcelona Francisco Tarafa; diciendo que mu-^{Taraf. c. 39.}rieron en la amistad cartaginesa. Pero no sé como él lo entendió, porque ya los cartagineses estaban enteramente fuera de España, como ya lo dejó escrito en los capítulos treinta y uno, y treinta y tres; y advirtiéndolo otros lo que presto diré. Vaseo, que habla de aquellas turbaciones y guerras, solo di-^{Vas. l. 1. c.}ce que los procónsules mataron á Indibil. Pero por último^{12.} entre todos lo dicen todo.

12 Esta guerra fué, en mi sentir, la primera que los españoles en nombre propio hicieron contra los romanos. Porque todas las anteriores fueron por defender el partido de los cartagineses. Pero ahora ya los cartagineses estaban enteramente fuera de España: y estos dos hermanos procuraban para sí el dominio y señorío de ella. Por lo que debo persuadirme que el decir Livio y Morales que la primera rebelion habia sido en tiempo de Sempronio Tuditano, fué engaño, respecto de lo que aquí dejó escrito, y escribiré en otros capítulos, especialmente en el treinta y siete de este libro.

CAPÍTULO XXXV.

Se trata de lo que algunos escriben de Bara ó Barra romano, y del Rey de Castell de Assens: y cómo se debe entender esto.

I No me parece fuera de propósito escribir los sucesos de este tiempo que hallo relacionados, y que en alguna modo pertenecen á esta Crónica, porque si fuesen fábulas, no los